

lo quereis, *accipite eum, et crucifigite; ego enim non invenio in eo causam*¹. Así lo confesó Pilatos delante del pueblo hebreo, y sus mismas palabras repito en presencia del pueblo cristiano: crucificadle vosotros, que yo no encuentro causa para ello. Mujeres soberbias, iracundas y murmuradoras, crucificadle vosotras con vuestras malas lenguas con que denigrais lastimosamente el crédito y reputación de vuestros prójimos. Mujeres impuras, abandonadas á todos los excesos de la mas desenfrenada concupiscencia, *accipite eum, et crucifigite*, crucificadle vosotras con los tres agudos clavos de vuestros pensamientos, palabras y obras. Hombres ociosos, que entregados al juego disipais el legítimo patrimonio de vuestros hijos, malgastais el caudal con que debería colocarse con honor vuestra familia, *accipite eum, et crucifigite*, crucificadle vosotros con el atropellamiento de las leyes reales y pontificias que severamente prohiben vuestros excesos. Hombres viciosos, que os dejais arrastrar de la gula, de la avaricia, de la pereza, de la venganza y los mas criminales apetitos, *accipite eum, et crucifigite*, crucificadle vosotros con vuestras embriagueces, usuras, hurtos, injusticias y venganzas, que yo no encuentro causa para ello; antes confieso que la penosa flagelación de Jesucristo y su dolorosísima coronación de espinas nos enseñan el sexto escalon de la vida verdaderamente cristiana, que consiste en la mortificación interior y exterior con que debemos vivir para sujetar nuestras pasiones, y alcanzar la vida eterna. Sí, amado auditorio mio; sin penitencia no hay perdón; sin perdón no hay gracia; sin gracia no hay gloria. Hagamos, pues, frutos dignos de penitencia si nos queremos salvar.

19. VII. No admite duda que Pilatos instó cuanto pudo para no sentenciar á muerte á nuestro amable Jesús, dice el Padre san Agustín; pero al cabo los respetos humanos le vencieron, y dió la sentencia de que fuese crucificado entre dos ladrones, cuyos procesos estaban ya finalizados. Todos los demonios del infierno parece que fueron á Jerusalem, y entraron en los corazones de aquellos hombres perdidos, según la bárbara crueldad y atropellamiento con que desnudan á Jesús la púrpura que por escarnio le habían vestido, le ponen su propia túnica, le arrancan y vuelven á fijar la formidable corona de espinas, renovando las heridas en su santísima cabeza, le cargan una pesada cruz sobre los hombros, y le sacan entre una desordenada procesion por las calles de Jerusalem hácia el monte Calvario. Caminaba el dulcísimo Jesús con la ma-

¹ Joan. ix, 6.

yor pena y dolor: sus piés descalzos y ensangrentados, su cuerpo fatigadísimo y desollado con los azotes, pegada su túnica á las llagas, sus hombros molidos y encorvados con el enorme peso de la cruz, su rostro desfigurado y macilento con las bofetadas y salivas, sus ojos cubiertos de la sangre que descendía de la cabeza taladrada con las espinas que renovaban las heridas á cada movimiento de la cruz: toda su venerable persona ultrajada, afeada, y atormentada con los malos tratamientos y bárbara inhumanidad con que la conducían á morir. Consideradle, almas devotas, tan lastimado, y acudid como las mujeres piadosas de Jerusalem á darle algun alivio. Acudid á sostenerle antes que el grave peso de la cruz y el atropellamiento de sus enemigos le derriben: venid á ofrecerle vuestros brazos y vuestros corazones. Pero ¡ay! que oprimido con el inmenso peso de los pecados del mundo que lleva sobre sus hombros, cae en tierra una, dos y tres veces, hasta no poderse levantar si no le ayudan. Ángeles, ¿qué haceis en esos cielos? ¿Cómo no venís á levantar de la tierra á vuestro mismo Criador, que se mira á los piés de los hombres mas perversos? Virgen soberana, acelerad el paso, y si le habeis de ver despues en el Calvario, venid á verle ahora y servirle de piadoso Cireneo. Cargad, Señora, con el madero santo de la cruz, poned en vuestra cabeza la corona de espinas, y caminad á ser crucificada con vuestro Hijo. Vamos todos allá, amable Madre nuestra, para crucificar nuestros vicios, y crucificarnos á nosotros mismos. Vamos todos allá, para dar consuelo al afligidísimo Jesús. Mas, ¡oh juicios incomprensibles del Señor! el consuelo que halla en los hombres es un nuevo tormento de palos y golpes con que le maltrataban: el alivio que encuentra en que Simon Cireneo le ayude á llevar la cruz, no es por compasión á su venerable persona, sino que viéndole tan falto de fuerzas, y como á punto de espirar, recelaban que podría morir en el camino, y querian aquellos sacrílegos tener la bárbara satisfacción de verle morir en una cruz, como tantas veces lo habian pedido y deseado.

20. Llegaron, al fin, todos al monte Calvario, y allí le renovaron las heridas de la cabeza arrancándole de nuevo la corona, y descubrieron todas las de su virginal y purísimo cuerpo, quitándole la túnica inconsútil, que estaba pegada á la carne con la sangre, y dejaron al Criador de los cielos y la tierra desnudo y hecho una llaga universal á la vista de una multitud innumerable. Mírale, alma, y advierte como te enseña el Señor el séptimo paso de la vida espiritual, que es llevar con resignación y perseverancia

hasta la muerte la cruz que su Majestad se haya dignado darte : sea pobreza, enfermedad, persecuciones, desconsuelos, cárceles, calumnias y cualesquiera otros trabajos, á pesar de la repugnancia de nuestra viciada naturaleza, y de las caidas que puedan ocasionarnos el mundo, el demonio y las pasiones : mírale desnudo, y aprenderás la importante leccion de la desnudez de espíritu con que debes caminar á Dios, y sin afectos terrenos, sin buscar consuelos ni alivios exteriores ; antes fijando la intencion en Dios trabaja en el bien hasta morir.

21. Pero, dulcísima Madre mía, ¿cómo estando Vos en el monte Calvario, y viendo desnudo al Hijo de vuestras purísimas entrañas, no tuvisteis valor para romper por entre la multitud de soldados y ministros, y cubrir con vuestro manto aquellas carnes virginales formadas por el Espíritu Santo? Venid, Señora, acercaos y tenedle en vuestros brazos mientras barrenan la cruz, mientras preparan los clavos para fijarle en ella, mientras proporcionan el título que han de poner sobre su sagrada cabeza, mientras los soldados se reparten entre sí las vestiduras, y echan suertes para saber á quién le toca la túnica inconsútil que Vos misma le tejisteis cuando niño, la que fué creciendo con su edad. Acercaos, ó dolorosísima Virgen, y abrigadle entre vuestros brazos, y dadle algun consuelo mientras se cumplen las profecías que tan claramente hablaron de cuanto está padeciendo : *Diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem*¹. Dadle algun alivio limpiando siquiera su ensangrentado rostro con vuestras lágrimas, y animándole á padecer por la gloria de Dios y la redencion del mundo ; porque de verdad se halla debilitadísima y afligidísima su humanidad con los tormentos y oprobios que ha padecido, que está padeciendo, y que va inmediatamente á padecer. No os detengais, Madre amable... pero sí, deteneos, no os acerqueis, porque ha llegado el momento de mandarle los verdugos tender sobre la cruz : ha llegado el cruel momento de clavarle en ella á golpes cruelísimos de martillo, estirándole los brazos y piés con tanto furor que se le podrian contar todos los huesos². No os acerqueis, Señora, dejad que se cumplan las divinas profecías. En ellas se nos anunciaba que sus manos y piés serian taladrados cruelísimamente, y

¹ Psalm. XXI, 19.

² Foderunt manus meas et pedes meos, et dinumeraverunt omnia ossa mea. (Psalm. XXI, 17, 18).

Tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est: et ip-

que el Señor seria inundado de oprobios, que entregaria su vida á la muerte, y seria reputado por un malvado : que cargarían sobre él los pecados del mundo, y que rogaria por sus mismos perseguidores : que le darian á beber en su sed hiel y vinagre, y que le mirarian crucificado... Todos estos divinos oráculos, y otros muchos que hablaban de su Pasion y muerte, y que nosotros vemos tan á la letra y menudamente verificados : todos ellos los conociais perfectamente, ó afligidísima Madre de Jesús; y conforme en todo con la voluntad del eterno Padre, le acompañabais con el afecto, y padeciais en el alma por la compasion los martirios que padecia en el cuerpo vuestro amado Hijo. Tanto debemos los hombres á Jesucristo y á su Madre.

22. Ya teneis levantada y colocada la cruz sobre el monte Calvario, fuera de Jerusalem, con nuestro amable Redentor Jesús crucificado en ella. No merecia ciertamente aquella ciudad sacrilega que habia muerto los Profetas, no merecia que este adorable sacrificio se hiciese en el recinto de sus murallas. El augusto y magnífico templo que en ella habia no era ya un lugar santo, una casa de oracion y el santuario de Dios vivo : ya habia llegado el vaticinado tiempo de su desolacion, y no era justo que allí se ofreciese esta víctima sacrosanta de nuestra reconciliacion. Era menester, dice san Leon papa, que el sacrificio universal y comun de todas las naciones se hiciese fuera del templo y de la ciudad. Era menester que la cruz se colocase sobre el Calvario para demostrar que él era un altar digno de tal víctima : un altar no particular de la Judea, sino un altar público del universo. Venid, pues, naciones del mundo, á reconocer y adorar por vuestro Dios humanado á este caritativo Redentor que puesto en una cruz por vuestra salud y remedio, os llama y convida con su misericordia. Venid y consideradle por vuestro amor corriendo sangre de las llagas de sus sacratísimos piés y omnipotentes manos, por la dureza de los clavos con que las tiene traspasadas : venid y miradle la cabeza coronada de espinas,

se peccata multorum tulit, et pro transgressoribus rogavit. (Isai. LIII, 12).

Dederunt in escam meam fel, et in siti mea potaverunt me aceto. (Psalm. LXVIII, 22).

Dabit percipienti se maxillam, saturabitur opprobriis. (Thren. III, 30).

A planta pedis usque ad verticem, non est in eo sanitas. (Isai. I, 6).

Corpus meum dedi percipientibus, et genas meas vellentibus. (Isai. I, 6).

Quid sunt plagæ istæ in medio manuum tuarum? Et dicet: His plagatus sum in domo eorum qui diligebant me. (Zach. XIII, 6).

Aspicient ad me, quem confixerunt. (Zach. XII, 10).

ensangrentada y afligidísima sobremanera : mirad su rostro oscurecido, afeado, denegrido con las salivas, las bofetadas y la sangre de la cabeza : mirad todo su virginal y sacrosanto cuerpo herido, desollado con los azotes, atormentado con el enorme peso de la cruz que ha llevado hasta el Calvario, y martirizado ahora en ella misma con la mayor crueldad : si se arrima á la santa cruz, las espinas le taladran de nuevo la cabeza ; si se aparta algun tanto de ella, el peso natural le rasga y abre mas las mortales heridas de sus piés y manos : moverse ó estarse quieto, todo es un tormento inexplicable : miradle desnudo á la vista de toda aquella multitud, y ya muy cercano á morir, pues solas tres horas le quedan de vida : miradle no solo con la consideración, sino con la vista de vuestro cuerpo en esta su venerable imágen, y oíidle la voz de su amor con que demuestra que nos ha amado hasta el fin. Olvidado al parecer de cuanto padece, y de cuanto ve y oye en el Calvario, habla á su eterno Padre, y con unas entrañas de caridad sin ejemplo le dice : *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.* Padre, Padre, vuestro Hijo se os muere, porque estas gentes se han apresurado á quitarme la vida. Por esta muerte que por ellos padezco, por esta sangre que con tanta abundancia derramo, por estos clavos que tan duramente me traspasan las manos y los piés, por esta cruz, por esta corona, y por todos mis dolores, os pido, Padre mio muy amado, que los perdoneis : ellos, Señor, no saben lo que se hacen. Yo los amo, y ellos me crucifican : yo les doy la vida, y ellos me procuran la muerte : yo les ofrezco mis gracias, y ellos me blasfeman : yo les prometo mi gloria, y ellos se cargan con todo el peso de mi sangre para su eterna perdicion. No saben lo que hacen, Padre mio. Perdónalos, yo os lo suplico : *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.*

23. ¡Oh Dios de dulzura y de clemencia! ¡Qué lecciones tan admirables nos dais desde la cruz! ¡Qué ejemplos tan ilustres en que se reconoce el Justo por excelencia, el Santo de los santos, y un Dios que ama á los hombres, y que padece y muere por su amor! Venid, pues, naciones del mundo, vuelvo á llamaros, venid y aprovechaos del perdon que el eterno Hijo pide para vosotros al eterno Padre. Acércate tú primero, nacion hebrea, por quien pide y á quien primero busca, aprovéchate de tan favorable ocasion : no sea que si la dejas pasar sin fruto, sea castigada tu ingratitud y tu perfidia con un abandono eterno. Pero ¿se podria creer, amados mios, si la santa Escritura no lo dijese? Unas palabras tan dulces,

unas expresiones tan tiernas del inocente que pide por los culpados, del perseguido que clama afectuosamente por sus perseguidores, de un Dios ofendido que ruega por las criaturas que le ofenden, ni desarman el furor del pueblo, ni aplacan la barbarie de los soldados. Unos y otros responden al Señor con nuevos ultrajes. Nada se oye en el Calvario mas que estas blasfemias : Si eres el Hijo de Dios, descende de la cruz : Si eres Rey de Israel, baja de donde estás y lo creerémos : Si Dios es tu Padre, dile que te libre : á otros ha hecho bien, y consigo nada puede : mira lo que eres : *Vah qui destruis templum Dei, et in triduo illud reedificas, salva temetipsum.* Estas eran las voces de los príncipes de los sacerdotes, de los senadores, de los doctores de la ley, del pueblo, de los soldados y de los verdugos : todos se abandonan á las mismas irrisiones. Hé aquí, decian con desprecio, aquel grande hombre que si se destruía el templo de Jerusalem, le reedificaria en tres dias, y ahora se halla crucificado, vertiendo arroyos de sangre, coronado de espinas, cubierto de llagas, y está hecho un miserable que nada puede. Ved como nada importa habernos cargado á nosotros y á nuestros hijos con la maldicion de su sangre. ¡Oh viña ingrata! ¡Oh casa de Israel! ¡Oh pueblo pérfido y sacrilego, tú serás oído! ¿No quieres la bendicion que te ofrece este Redentor amable que pide por tí á su Padre eterno? La bendicion se apartará de tí. ¿Quieres la maldicion cargándote con todo el precio de la sangre de Jesús? Ella caerá sobre tí con todo el furor del Omnipotente. Escúchame : bien presto será vengada esa sangre por la ruina entera de Jerusalem, y por la última desolacion del santuario : esta sangre se dispersará por las cuatro partes del orbe : despues de haberla inhumanamente vertido como Cain la de Abel, andarás, nacion infame, vagabunda sobre la tierra, sin rey, sin altar y sin sacrificio. Esta sangre imprimirá sobre tu rostro yo no sé qué carácter de abominacion, que eternizará la venganza. Ella te hará la execracion de los pueblos y el oprobio del universo : tú sentirás eternamente sobre tí la pesadísima mano del Todopoderoso : mientras exista el mundo no se acabará tu persecucion : no esperes ya profetas que te consuelen, conquistadores que rompan tus cadenas y te saquen de esclavitud, ni reyes que te protejan y defiendan como á pueblo suyo. El Altísimo pondrá sobre tu frente una señal ilustre de la cólera del cielo y el sello visible de tu reprobacion.

24. Y vosotros, gentiles, nacion sentada por tantos siglos en las tinieblas del pecado y las sombras de la muerte, venid á la vida : á

ocupar el lugar de la nacion querida, de la nacion santa, que cerrando los ojos á la luz, llenando el número de sus ingraticudes, y quitando la vida á su mismo Redentor, ha buscado su propia perdicion, se ha hecho aborrecible, se ha abandonado como réproba, y va á ser la execracion perpétua del universo. Venid, y ved á este hombre puesto en esta cruz. Él es vuestro Dios que os llama á su Iglesia: creed sus verdades, obedeced sus preceptos, temed sus castigos, esperad sus recompensas, venerad sus misterios, y recibid sus Sacramentos. Entonces seréis su pueblo, y él será vuestro Dios. Oidle, que así lo desea cuando desde la misma cruz dice: *Sitio*. Tengo sed de almas: quiero hacer un pueblo de muchos pueblos, y formar una sola Iglesia de todas las naciones. *Sitio*. Al escuchar los soldados esta palabra, piensan que pide de beber, y le acercan á los labios una esponja empapada en vinagre, puesta en la punta de una caña. ¡Oh justos juicios de Dios! ¡Oh verdad eterna de los vaticinios de Dios anunciados por los Profetas! ¿Cuándo á David padeciendo sed se le dió á beber vinagre? Nunca. Él no la dijo por sí: habló como profeta en nombre de su hijo Jesucristo, y en Jesucristo se verificó literalmente: *Et in siti mea potaverunt me aceto*. Pues, Dios mio, si teneis sed de padecer por las almas: si teneis sed de almas, consolaos, que ahí teneis un nuevo pueblo que viene de las cuatro partes del mundo á militar bajo el estandarte de la cruz. Él recibirá vuestro Evangelio, mantendrá el culto de vuestra religion, dará la vida por vuestra fe, y la transmitirá en toda su pureza á los siglos mas remotos. Habladle, Señor, alguna palabra de vida antes de vuestra muerte. *Mulier, ecce filius tuus*. Mujer, dijo Jesús á su beatísima madre María santísima, ahí teneis un nuevo hijo representado en Juan mi discípulo y en esos nuevos creyentes que viene á la fe: miradlos como á hijos, defendedlos como á hijos, amadlos como á hijos. *Deinde, dicit discipulo: Ecce mater tua*. Y tú, discípulo mio, y vosotros todos cuantos formais mi Iglesia, tened por madre á mi Madre, amadla como á Madre, obedecedla, servidla, reverenciadla y oidla como á Madre, como á Señora, como á Protectora, como á Maestra, como á Pastora divina de las almas, de quienes yo soy el buen Pastor que doy la vida por ellas: *Ecce mater tua*. Pero, hermanos míos, ¿qué nueva voz oímos ahora en el Calvario? Nuestro Salvador Jesús ha conservado sobre la cruz hasta este punto su carácter de dulzura y beneficencia. Toda la malicia de los hombres, y todo el furor de los demonios no han podido turbar la paz de su benditísima alma. Ni los soldados, ni los verdugos, ni

los tormentos, ni las blasfemias, ni los clavos, ni la corona de espinas, ni la cruz le han precisado á levantar la voz: solo Vos, ó Padre eterno, solamente Vos le obligais mirándole con inflexibilidad desde lo alto del cielo, á clamar con lágrimas y deciros: Padre mio, Padre mio, ¿por qué me has desamparado? ¡Oh voz admirable! ¡Oh palabra misteriosa, y cuánto nos enseñas! La humanidad de Jesucristo se hallaba unida á la divinidad: gozaba la vision beatífica: miraba intuitivamente la divina esencia: Jesucristo era verdaderamente Dios; y si padecía era por un prodigio de la omnipotencia, que tenia como represadas en lo superior del alma las delicias eternas que gozaba: era Jesús, por un milagro grande y asombroso, viador y comprensor. Nos enseñó, pues, con esta palabra la terribilidad espantosísima de un pecador abandonado de Dios en el punto de la muerte, para que todos buscásemos á su divina Majestad en el tiempo oportuno para hallarle: para que imitésemos al buen Ladron, que ilustrado con la luz de la fe que le comunicó el Señor, reprende á su compañero porque tambien blasfemaba de Jesús: se declara digno de muerte por sus delitos, que detesta y aborrece, y reconoce la inocencia de Jesucristo. Le mira, aunque oprimido de oprobios, como á un rey cuyo poder se extiende mas allá de la muerte, y le suplica, con un corazon penetrado de dolor por sus desórdenes, que se acuerde de él en su reino. ¡Qué felicidad! Un ladron se transforma en un instante por la sangre de Jesucristo en el primer apologista de su inocencia, en el primer confesor de su reino celestial, en el primer defensor de su fe, en el primer modelo de los que padecen con Cristo y por Cristo, y como en el primer mártir de la Religion. Entonces el Salvador volviendo hácia el buen Ladron su vista con aquella dulzura y misericordia que produce en los pecadores el perdon y la paz, le dice: Hoy serás conmigo en el paraíso. ¡Oh Dios de mi alma y de mi corazon, *Moriatur anima mea morte justorum*, concededme en la hora de mi muerte los mismos sentimientos que á este pecador arrepentido, y oiga yo las mismas dulces palabras que él oyó en la cruz: *Hodie mecum eris in paradiso!*

23. Ved aquí, católicos, el octavo y último paso de la vida espiritual, morir crucificado con Cristo, morir en la cruz por Cristo, morir arrepentido de los pecados, morir en gracia, morir en el ejercicio de las virtudes, por haber muerto al mundo y sus placeres, á la carne y sus apetitos, al demonio y sus tentaciones. No descansemos, carísimos oyentes, hasta conseguir esta felicidad que dichosa-

mente completa nuestra peregrinacion sobre la tierra. Felices nosotros si morimos con esta gracia final. Infelices para siempre si ella nos falta.

26. Pero ¿qué escucho todavía sobre el Calvario? La última palabra de Jesucristo pronunciada en esta vida mortal: *Consummatum est*. Todo se ha consumado. ¡Oh qué palabra tan misteriosa! ¡Qué palabra tan llena de grandes verdades! Escuchadla con el respeto mas profundo: *Consummatum est*. Todo se ha acabado. Oráculo divino, oráculo precioso que saliste de la moribunda boca de mi Dios, permite al deseo que me asiste de la salvacion de estas almas, que yo explique algunos de tus venerables misterios.

27. *Consummatum est*. El cielo ha cumplido sus promesas, el tiempo de las figuras ha pasado: las sombras de la ley antigua han desaparecido: todas las profecías se han verificado: cuanto estaba escrito del Mesías en el principio del gran libro de los decretos eternos queda fielmente ejecutado: los clamores de los Patriarcas y demás justos han sido oídos, y la plenitud de los tiempos ha llegado.

28. *Consummatum est*. Todo se ha acabado. La antigua ley queda abrogada, han desaparecido sus sacrificios, se han reprobado sus ceremonias y sus misterios: sus solemnidades y sacramentos ya son impuros y profanos: el templo magnífico de Jerusalem se halla abandonado del Señor, su sacerdocio eternamente suprimido, y toda la Sinagoga dispersada.

29. *Consummatum est*. La ley nueva se ve sólidamente establecida, el Nuevo Testamento va á ser por todo el mundo publicado, el Evangelio ha sucedido á la ley de Moisés, el velo de las antiguas Escrituras se ha rasgado: un nuevo orden de cosas, un orden mas perfecto y mas sublime va á sustituir al método antiguo: de hoy en adelante la oblation de los sacrificios será mas pura, la víctima mas preciosa, el sacerdocio mas santo, el pueblo mas fiel, las ceremonias mas nobles, los sacramentos mas eficaces, los templos mas augustos, las leyes mas perfectas, las gracias mas fuertes, la alianza mas estrecha, y el espíritu de hijos de adopcion reinará en lugar del espíritu de rigor que hacia esclavos.

30. *Consummatum est*. Todo se ha acabado. Jesús muriendo en la cruz ha triunfado gloriosamente de todos sus enemigos, ha conquistado enteramente su reino: la idolatría ha recibido una herida mortal, la sabiduría de los filósofos queda confundida, los oráculos de los ídolos van á enmudecer, los demonios, la muerte, el pecado y el infierno quedan vencidos, destruidos y cerrados.

31. *Consummatum est*. Todo se acabó. El decreto de nuestra condenacion no subsiste, ya la sangre de Jesucristo le ha fijado en la santa cruz: nuestras deudas quedan pagadas, el mundo rescatado de la esclavitud de la culpa, el cielo reconciliado con la tierra, la justicia del eterno Padre superabundantemente satisfecha, la medida de los sufrimientos de su amado Hijo llegó á su colmo, su mision está felizmente concluida, y el curso de su ministerio se ha finalizado dichosamente: *Consummatum est*.

32. Pobres pecadores de mi alma, cuando en el término de vuestra vida se os diga: ya se acabaron los gustos, los placeres, los entretenimientos, los vicios y los desórdenes, y se van á empezar los tormentos eternos á donde os conducen vuestras culpas, ¿cuál será vuestro espanto? ¿Qué responderéis entonces? ¿Qué partido querríais tomar? Para llorar vuestros pecados ya no hay tiempo: para hacer penitencia no hay tiempo: para conseguir la divina misericordia no es tiempo. ¡Ay, ay de vosotros si en el tiempo oportuno no buscáis á Dios! ¡Ay de vosotros, si esperais á buscarle cuando no se le puede hallar! Y vosotros, justos, consolaos con las palabras del Señor. En breve se os dirá: *Consummatum est*, se han acabado vuestras tribulaciones, vuestros trabajos, vuestras penitencias, vuestras lágrimas; todo se acabó, y vais á empezar una eternidad de contentos, dichas y felicidades que durarán para siempre.

33. Pero ¡ay, hermanos míos! Jesucristo ha llegado al término de su vida, é inclinando la cabeza, entrega su espíritu en manos de su eterno Padre. El cielo en aquel triste momento se enluta, la tierra se estremece con horribles sacudimientos, el velo del templo se rasga, las piedras se parten, los peñascos se hienden, los sepulcros se abren, los cuerpos de muchos justos resucitan, el sol se eclipsa, y una negra nube cubre de horrorosas tinieblas toda la tierra. ¿Qué es esto, cristianos míos? ¿Qué ha de ser? responde un filósofo de Atenas que despues fue un gran santo, que la máquina del mundo se destruye, ó el autor de la naturaleza ha dado el último suspiro. Sí, señores: *Et inclinato capite emisit spiritum*.

34. Murió verdaderamente Jesús Nazareno, rey de los judíos, por la gloria de su eterno Padre; por la redencion del mundo, por el establecimiento de la ley de gracia, por la publicacion del Evangelio. Murió el Rey; llorad, vasallos, la falta de tan poderoso y magnífico protector: murió el Maestro; llorad, discípulos, la pérdida de quien tantas palabras de vida eterna escuchábais: murió el Capitán; llorad, soldados, que rodeados de formidables enemigos es-

tais á cada paso en el mayor peligro de ser vencidos: murió el Piloto; llorad, navegantes, que en el encrespado mar de este mundo padecéis tantas tormentas: murió el Padre; llorad, hijos, vuestra orfandad y desamparo: murió el Esposo de las almas puras; llorad, esposas, su pérdida con amargas lágrimas: murió Jesús, Hijo de María santísima, dejando á su Madre en la mas sensible y dolorosa soledad; lloremos todos la muerte del Hijo y las penas de su Madre: murió Jesús, Hijo del eterno Padre; lloremos todos los pecados que han sido causa de esta muerte: lloremos los pecados con lágrimas de verdadera contrición, para que el eterno Padre los perdone por la sangre y méritos de su Hijo: lloremos los pecados por ser ofensas de un Dios infinitamente amable, y digamos partiendo de dolor nuestros corazones: *Señor mio Jesucristo*, etc.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Justus perit, et non est qui recogitet in corde suo. (Isai. LVII, 1).

El justo muere, y nadie medita en su corazón esta muerte.

1. Toda la ciencia del Cristianismo está encerrada en la cruz... *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi*, etc.
2. La cruz es el libro sangriento en que se halla el compendio de toda la doctrina del Evangelio y de la teología cristiana... Mas, en vano nos llama hoy la Iglesia á la cruz... Pocos meditan su misterio... Cási ninguno se aplica su virtud.
3. ¡Oh si pudiera yo fijar hoy vuestra atención única y absolutamente en la cruz de Jesucristo!... Nadie es capaz de comprender el misterio de la cruz, si antes no le adora... *Invocacion*: Ó cruz del Salvador...

O cruz, ave...

4. Las lamentaciones de la Iglesia... sus ayes... la tristeza de sus ceremonias nos advierte que hemos de pensar seriamente en la muerte del justo. Si no lo hacemos, el Profeta nos reconvendrá diciéndonos: *Justus perit, et non...* Este justo es...
5. El Salvador sabe que esta es su hora... no se queja... solo abre la boca para pedir perdon por sus perseguidores.
6. El justo no solo sufre... sino que perdona... Malicia con que se le persigue; obediencia con que se somete; bondad con que perdona. En sus persecuciones hallamos nuestro crimen; en su obediencia nuestro ejemplo; en el perdon que concede nuestra gracia y nuestra esperanza.

Primera parte. Las persecuciones del Salvador son obra nuestra.

7. La fe nos enseña que Jesús dió su vida por nuestros pecados... Siendo él la víctima propiciatoria de todos los crímenes, todos los crímenes tienen parte en su suplicio y muerte...